

—Hoy he de divertirme como nunca.

Y dispuse de manera que todos mis novios (que eran dos) concurrieran á comer en mi casa, por medio de Andrea.

Compúsemelo mejor que pude.

Chanito me dijo, allá con bastante cordedad y muy quedito, que estaba yo encantadora. Pepito tartajó quién sabe qué flores. Teodoro fué el único que con el mayor desempaño del mundo me llenó de bien dichas lisonjas en alta voz, delante de todo el mundo, y hasta me dirigió versos. A tanto desparpajo sí no estaba yo hecha.

Llegó la hora de bailar. Yo contaba con que Teodoro no dejaria escapar tan buena ocasion. ¡Dicho y hecho! Cuando lo ví venir hácia mí y pedirme con mil mieles lo que se iba á tocar, díjeme:

—¡Caíste, maldito! Ahora saldrás con tu cartita, y verás qué tal te va.

—Lo siento mucho, pero ya estoy pedida, señor.

Miróme con ojos tiernos y luego sonriendo:

—Bien, díjeme; no faltará ocasion si usted quiere.

Y después quedándoseme mirando como quien trata de leer en el semblante de otro lo que pasa en su corazon, se retiró.

Yo me quedé riendo.

—¡No faltará ocasion! díjeme. ¡Qué querrá decir ese petulante con eso!

Eran tales mis deseos de chasquearlo, que tuve precision de negarme á bailar á Chanito y Pepito, para tener ocasion de bailar con él.

En efecto, bailé con él; y no dejó de hacerseme extaño que no me diera ninguna cartita, como yo esperaba, y por lo cual tuve que hacerme disimulada á los infinitos apretones de manos que me dió el muy atrevido. Nada me dijo terminantemente en toda la noche, pero sí me col-

mó de lisonjas muy finas que no me disgustaron, porque á nadie le pesa que le elogien, pero que no me dispusieron á tenerle voluntad. Lo que sí eché de ver fué que estuvo muy galante con papá y mamá, y tanto que empuñó á mamá á bailar dos ó tres veces con él.

Se me pasaba decir que estando yo aquel dia de zunga, habia determinado otorgar una merced distinguida á mis novios, convidándolos á una cita, cosa que ninguno de ellos se habia jamás arriesgado á pedirme formalmente. Cuánto me reacia yo al verme rodeada de mis pretendientes, hecha el objeto de los suspiros, de las adoraciones de tres hombres allí reunidos y creidos que cada uno era el dueño de mi corazon, imaginásemelo mis compañeras, pues los hombres no pueden fijarse bien.

Allá en un cuarto interior de mi casa, donde casi nunca iba nadie, era donde habian de verse conmigo Chanito y Pepito, á diversas horas.

Fuíme á él antes que ellos; encendí un cabito de vela de esperma con un cerillo, lo escondí en un rincon, y aguardé.

No sé por qué sería, pero ello es que desde el momento que me encaminé al cuarto sentí una palpitacion, un desasosiego extraño. ¡Casi estaba yo por que no llegaran á ir, casi estuve por volverme á la sala! Pero un quién sabe qué me detenia, algo sentia yo que no me dejaba mover del sitio donde estaba.

En esto siento pasos; sentí como que corria hielo por mis venas, como que una cosa se me atravesaba en la garganta, me flaquearon los piés, me faltó valor, corrí no sé cómo y apagué la luz. Quise salir pero como se me iba la cabeza, me detuve, y oí los pasos de un hombre que se acercó adonde yo estaba, y que tentando en la oscuridad, me pasó la mano por la cara.

—¡Ya no! dije en voz baja. Váyase usted de aquí, Chanito.

A poco oí tronar un fósforo, escondíme detrás de un armario viejo.

Teodoro estaba allí, frente á frente de Pepito, con un cerillo encendido en la mano!

—¡Qué diablura! dijo riéndose. ¡Cómo nos encontramos aquí!

Volvió la cara con disimulo hácia donde yo estaba y me vió, pues yo no habia podido esconderme bien.

Pepito, estaba tan cortado, que no supo qué responder ni qué hacer.

Tomóle Teodoro amistosamente del brazo, apagó el cerillo y llevóse á Pepito.

Sali del maldito cuarto; volví con mil trabajos á la sala.

¡Ay! tal me parecia que todo el mundo me leia en la cara lo que habia pasado!

Llegóse á mí Carlota.

—¡Con razon te llaman la coqueta! díjome al oido.

Me quedé fria.

Solo esto me faltaba, que Carlota hubiera tambien sabido.

Cogíla del brazo.

—¡Porqué me dices eso? le pregunté disimulando mi bochorno.

—¡Y tienes cara para preguntármelo!... contestóme mirándome de hito en hito.

Le solté la mano, pues no tuvo fuerzas para tenerla agarrada, y ella se fué y se puso á platicar con Andrea.

—Niña; por Dios, díjome esta llegándose á mí poco después. ¡Siempre has de hacer de las tuyas!

—¡Qué te parece el guitarle á la pobre Carlota su novio, y sabiéndolo y siendo tu amiga?

—¡Yo?

—¡Sí, tú!

—¡No hay tal!

—Pues qué, ¿no lo sabemos?

—¡Por quién?

—¡Oh!

—¡Dime, dime por quién!

—Por el pobre de Chanito.

—¡Hablador!... ¡Mentira, mentira!

Andrea se rió y se retiró....

A otro dia recibí mis dimisorias de parte de Chanito, Pepito no volvió mas á verme, y Carlota no volvió á hablarme.

¿Qué habia sucedido? ¿Habria Teodoro contado lo que pasó á Chanito, á Pepito y á Carlota? Me lo hubiera dicho Andrea...

VI.

Un dia entró papá acompañado de Teodoro. Este me saludó con mucha amabilidad: yo sentí encendérseme la cara y le hablé con infinito desvío. Papá lo trató con suma cordialidad; mamá tambien... ¡Maldito hombre!

Fué muy corta su visita, papá le hizo mil finezas, abriéndole para siempre que gustase, la casa, y lo mismo mamá.

Al despedirse se aprovechó de que tuve que dirigirme la vista para contestar á su saludo, y me plantó una miradala... una mirada de un amor profundo y ardiente, á no poderlo negar.

—¡Noramala! dije entre mí. Luego, hablando con mi mamá: ¡Cómo ha venido á dar por acá ese hombre! Nunca he visto cosa mas chocante!

—¡Por qué te choca, niña? ¡Es un sujeto muy fino!

—¡Fino, mamá? ¡Es un fastidioso de primera!

—Sí, como no es de esos petulantes que tú estás hecha á tratar!... Y se me quedó mirando muy seria.

—¡Jesús! Quién sabe que le han visto usted y papá.

—¡Calla, niña! ¡qué sabes tú lo que dices!

Me callé por entonces, pero no cesé de hacerle la guerra á Teodoro.

Sin embargo, advertí que trabajaba yo sin fruto. Hice empeño por averiguar de dónde venia la buena disposicion de mis padres por él y al fin logré saber que no hallándose en muy buen estado los negocios de papá, se habia ofrecido Teodoro á servirle con el ministro, de quien era secretario particular, para proporcionarle un buen destino: en cuanto á mamá las atenciones, las finezas de él, su labia se la habian conquistado.

En poco tiempo llegó á ser Teodoro como de la familia.

De ojeadas, pasó á indirectas conmigo, hasta llegar al caso de hablarme cási sin ningun embozo.

No queriendo yo sufrirlo ya, le amenacé de decírselo á mis padres.

—Hará usted mal, replicóme riéndose; pues me obligará usted á descubrir lo que no ha de gustarle á usted que sepan.

Me acordé al punto del suceso de máras y temblé pero disimulé.

—Sí, repuse, no sé qué puede usted decir de mí.

—No mas aquello que usted sabe, señorita.

—Diga usted lo que quiera, al fin no es nada malo.

—Y ¿quién lo sabe? ¿Quién sabe lo que pasó?

—¡Infame!

—Es que yo no quiero de mi motivo causar á usted ningun mal.

—Pues déjeme usted en paz.

—Pues hagamos las paces. Al fin y al cabo, usted ha de parar en conocer que no hay sobre la tierra quien sea capaz de amar á usted como yo, vida mia, y usted me lo agradecerá.

Dí una vuelta y lo dejé plantado.

Me dió mucha ira ver que aquel hom-

bre me tenia obligada á sufrirlo, pero muy bien me guardé de acusarlo y hasta dejé de hacerle la guerra por temor de que fuera á contar el maldito suceso en mi casa y en la calle.

Poco á poco, insensiblemente se me fué acabando la aversion que yo le tenia; á lo cual creo contribuyó el frecuente trato, la escasez de pretendientes, las constantes finezas de él, su talento en halagarme y quién sabe cuantas otras cosas.

El fué quien me inclinó á la lectura y quien me perfeccionó en la escritura. Uno de los primeros libros que me prestó, fué *La nueva Heloisa*, diciéndome que era muy moral: después he notado que en efecto encierra muy buenos consejos para las casadas, muy buenas máximas para las mujeres honradas; pero por entonces, saltaba yo eso y me deleitaba con las cartas mas ardorosas.

Habiéndole perdido la aversion, comencé á irle cobrando cariño, y al cabo venimos á parar en vernos como enamorados sin habérnoslo dicho.

Luego que advirtió él este cambio, volvióse cada vez mas osado y yo mas complaciente. El hombre aquel no pedia favores sino que los arrebatava, pero con gracia, con dulzura, no toscamente. Aquel no se parecia en nada á los novios que yo habia tratado.

Llegó el caso de darme una cita. Ni siquiera soñé en negarme. ¡Estaba yo enamorada hasta los ojos!

Estaba el aposento con luz.

Me recibió con los brazos abiertos, con un júbilo extraordinariamente loco.

Yo llegué temblando, helada toda, sin poder hablar.

¿Para qué referir todo lo que al pronto y en cuanto me vió me dijo? Solo diré que nunca en mi vida oyeron mis oídos palabras tan penetrantes y tiernas.

Sentí encendérseme la sangre.... Apagó la luz él.

Dí al punto un grito de susto, de pavor; un grito agudísimo, y sin saber lo que hacia, tal vez contra mi voluntad, empujada por el ángel de mi guarda tal vez, eché á correr léjos de aquel maldito sitio.

VII.

¡Qué noche pasé!

Levantéme muy tarde, temiendo y deseando encontrarme con Teodoro; pero no se apareció en todo el dia en casa, lo cual me apesadumbró sobre manera.

En la noche de los dos dias después, al irme á acostar, considerando que no le volveria á ver ni siquiera á saber de él, echéme á llorar: Me parecia que el mundo y mi vida toda estaban encerrados en Teodoro; y luego me cogian unos arranques que todavía cuando me acuerdo me dan miedo. Cási estuve á punto de coger y salirme de mi casa, y si hubiera sabido donde podia encontrarlo, quien sabe si no hubiera hecho yo la locura de ir á buscarlo.

Varios dias estuve apesurada, hasta echarlo de ver mamá, á quien tuve que decirle que me sentia mala todas las noches. Llamáronme á un médico, que dijo que yo tenia no sé qué y recetó una purga, que no tomé.

Al fin supe que Teodoro en la mañana del otro dia aquel se habia huido de Méjico, llevándose una novicia del convento de..... ¡Qué pesar me causó esto!

Considerando perdidas todas mis esperanzas, y creyendo que con ningun hombre podria yo nunca vivir después de lo que habia pasado, pensé en entrarme monja. Comencé á instar á mis padres, interesé á mi padre de confesion y tanto tanto hice, que entré al cabo en el convento de.....

La especie de despecho que se habia apoderado de mí me hizo encontrar mucha satisfaccion entre las monjas, persuadiéndome además todas ellas que la vida de reclusion era una cosa excelente.

Paso aquí en blanco los incidentes del noviciado. Mientras mas se acercaba el tiempo de la profesion, mas me llenaban la cabeza de cuentos alegres las monjas, mas me alborotaban, mas me atarantaban para que no cambiara yo de resolucion; diciéndome cuando me notaban flaquear, que qué dirian las gentes si á la hora crítica me desdecia, y qué burla me harian en el mundo si me iba para atrás y qué papel iba yo á hacer en el siglo después de tanto tiempo de reclusion, y en fin mil otras cosas, de las cuales la que mas fuerza me hacia era la de *el qué dirán*. Llegó el momento crítico.... ¡Ay, Dios! ¡qué cosas pasaron por mí!

Estuve luchando con mil indecisiones y dudas, sin poder tomar una resolucion, y dejándome arrastrar por los acontecimientos, me presenté á las últimas ceremonias. En ellas llegó un instante en que sentí oprimírseme extraordinariamente el pecho, dirigí la vista á los circunstantes de fuera del coro y vi.... ví á mis padres anegados en llanto.... y á Pepito como un difunto.... encontráronse nuestros ojos, rodaron lágrimas por mis mejillas.... Tomé al punto mi determinacion...

VIII.

Gracias á Dios, á pesar del maldito *¡qué dirán?* no he llegado á ser monja. Cada vez que me acuerdo de los horrores que hubiera yo pasado cuando ya tranquila, me hubiera considerado encerrada toda mi vida, me alegro de haber tenido bastante fuerza para evitar tan gran desgracia. Hoy vivo casada con Pepito, que me ha salido un excelente muchacho; paso mi vida tan felizmente cuanto se puede en este valle

de lágrimas, no olvidando nunca la terrible lección de márras y el castigo que me acarreó mi loca conducta. A Teodoro casi le ví morir al pié de mi balcon, en un pronunciamiento, de un balazo, después de haber pasado un vida llena de amarguras y miseria. El quiso, ¡Dios se lo perdone! perderme.

Enseñando yo á Andrea este escrito, y sabiendo que yo queria darlo á luz, me dijo:

—Pero mujer, ¿no ves que cuentas ahí tu vida?

—Y qué, le contesté, ¿acaso hay quien sepa que yo soy?

—¿Y tu marido?

—Ya lo sabe.

—Luego, hay muchas cosas que dejas en el tintero.

—Ya lo sé, pero no hacen mucho al caso, y en fin, soy novicia y el lector me disculpará.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

MANJAR BLANCO.

Hiérvase una onza de cola de pez partida en pequeños pedazos, hasta que se haya deshecho completamente en un cuartillo y medio de leche muy buena y espesa; añádase la corteza de medio limon, la mitad de una raja de canela machacada, una poquita de macias y dos y media onzas de azúcar blanca molida en polvo muy fino: móndense y macháquense en un mortero diez almendras amargas y media onza de almendras dulces, batiéndose luego en una cucharada de agua rosada. Cuando todavía esté bien caliente la leche, revuélvase todo aquello con ella y déjesele hervir suavemente por diez minutos. Pásese por un cedazo fino, déjese reposar media hora y viértase en un molde.

Para limpiar las telas de algodón sin alterarles el color.

Rápense seis ú ocho papas gruesas; pónganse en el agua que ha de servir para lavar la tela; disuélvase en la misma agua lo que cabe en una nuez de jabon suave, bátase bien y refriéguese en esta mez-

cla lo que se intente limpiar; enjuáguese en dos ó tres aguas de pozo, poniéndose en la última un poco de vinagre para hacer que vuelvan los colores. Extiéndase la tela lo mejor posible, déjese secar un poco y aplánchese luego luego humedeciéndola mucho.

PASTELILLOS DE AZAHARES.

Harina con acitron seco y rallado, dos cucharadas; azahares tostados y machacados y un dedalito de sal; póngase todo en una caserola; pónganse á deshacer dos onzas de azúcar en un cuartillo de buena leche, desliéndose en ella tres huevos. Cuézase todo junto menéandolo sin cesar, por media hora. Cuando esté frio, espolvóresele bastante azúcar y póngase sobre una hoja, para hacer con ello tortas y pastelillos.

EL TABACO.

El tabaco, usado con exceso, dice Cúrtis, tómese como se tomare, calienta la sangre, perjudica á la digestion, gasta los flúidos y relaja los nervios.

UN AMOR DESGRACIADO.

(Histórico.)

A FINES de 184.... vivia en una de las principales calles de esta hermosa capital una linda jóven de diez y seis años, cuya educacion distinguida unida á las virtudes que la adornaban la hacian en extremo apreciable á los ojos de cuantos tenian la honra de tratarla.

En una de esas bellas mañanas del mes de abril en que esta encantadora jóven se dirigia á la alameda á gozar el fresco que en esta estacion se respira, la conoció Arturo, muchacho de veintidos años, de una presencia gallarda y perteneciente á una de las principales familias de esta ciudad. En el mometo que la vió sintió una pasion hácia ella demasiado ardiente y aunque es cierto que sus labios no pronunciaron una palabra, los ojos de ambos manifestaron el amor que mutuamente se habian inspirado. Hizo pues Arturo lo que en semejantes casos ejecutan los que quieren entablar relaciones amorosas, signió á la jóven, vió la casa en que vivia y en el momento marchó á la suya á poner la carta por la cual debia declarar á Lola su pasion. Largo tiempo empleó en esta operacion, porque le parecia que cuantas ponía ninguna explicabalo que en su interior sentia por aquel ser angelical que en la mañana habia conocido. Por fin, después de mucho tiempo escribió su primera declaracion, la dobló y pegó con una oblea que representaba un corazon devorado por el amor y la depositó en su cartera mientras tanto llegaba la noche en la que se habia propuesto hablar á una criada de la casa para que esta pusiera en manos de su ama-

da la esquela amatoria que le dirigia. No le costó, pues, mucho trabajo conseguir á la que habia de intervenir en sus relaciones porque nadie ignora que los enamorados mediante uno ó dos pesos allanan violentamente esta dificultad. En efecto encontró con una de esas ancianas que parece que solo han quedado para semejantes asuntos las cuales saben desempeñar á consecuencia de la mucha práctica que han adquirido; arregló el galan bien el asunto ofreciéndole la criada hacer todo lo posible por traerle cuanto antes la contestacion que tanto anhelaba, pagó bastante bien la promesa que se le acababa de hacer y quedó en que volveria á los tres dias á saber el éxito de una empresa que le parecia fácil arreglar. Siglos le parecieron el término señalado, pero como no hay plazo que no se cumpla vino el dia convenido y habló á su confidente quien le dijo que á pesar de haber puesto en juego cuantas persuaciones le habian parecido no habia conseguido que la niña se decidiera á contestarle; que era cierto que lo amaba pero que no queria manifestárselo temiendo no la acusara de coquetería con el hecho de corresponder al tercer dia á la pasion que le manifestaba. Algun gusto causó al jóven esta noticia, que aunque no era como deseaba le hacia concebir las mayores esperanzas de llegar á poseer algun dia el corazon de la que tanto adoraba. Depositó de nuevo en manos de la criada algunas monedas encargándole que hiciera por convencer á Lolita que se entregase á él del mismo modo que lo habia hecho á ella. Vanas fue-